

AMAR CON EL CORAZÓN DE CRISTO

La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús es muy emblemática, en virtud del significado simbólico del corazón en muchas culturas, a lo largo y ancho del mundo y en el transcurso de los tiempos, incluido el mundo de la Biblia.

Diversos cultos paganos antiguos estimaban, como una ofrenda muy agradable a los dioses, el corazón de las víctimas sacrificadas, de animales y a veces también de humanos. Aunque el tema es difícil y escabroso, el sacrificio de personas se practicó en varias civilizaciones del mundo: egipcia, china, india, azteca, maya y en algunas culturas del Perú antiguo. Hubo sacrificios humanos en la Creta minoica, entre los macedonios, incluso en Roma (según Plinio el Viejo). Los cananeos, que ocupaban la Tierra prometida, por tanto muy cercanos al mundo bíblico, tenían la costumbre de sacrificar al primogénito. Se ofrecían víctimas con fines de purificación, para cumplir promesas o alejar daños. Tristemente célebres fueron los dedicados a Moloch (cf. Lv 18,21). Los sacrificios humanos algunas veces, aunque no siempre, incluían la ofrenda de los corazones de las víctimas, a los dioses. El motivo fue el alto valor simbólico que, en diversas culturas, representó y representa este órgano vital.

Una expresión muy frecuente en nuestra cultura occidental contemporánea es: “amar con todo el corazón”, para expresar cariño de manera enfática. Las figuras en forma de corazón suelen ser signos de amor o cariño. Son símbolos acuñados y difundido con gran fuerza en muchos lugares del mundo, que resultaría difícil erradicar. Sin embargo tales símbolos y expresiones en realidad poco tienen que ver con las funciones del órgano cardíaco muscular que regula la circulación sanguínea, con sus cavidades superiores (aurículos) e inferiores (ventrículos), su pared muscular, sus venas, arterias, válvulas...

Según la neurología, el órgano regulador de las emociones es en realidad el cerebro, específicamente el sistema límbico (hipotálamo, hipocampo, amígdala y corteza orbitofrontal), llamado también “cerebro emocional”, con un rol importante en el aprendizaje y en la memoria. El sistema límbico se encarga de regular nuestras emociones (miedo, ira, alegría, enojo, angustia, amor...), a través de las “sinapsis” (formas en que se comunican y organizan las neuronas y las divisiones del sistema nervioso en la corteza del cerebro). Se sabe que los estados de ánimo repercuten en la expansión o contracción de los órganos de nuestro cuerpo, especialmente en la actividad cardíaca. De allí que, como el ritmo cardíaco se acelera o disminuye, según las distintas emociones, ha sido fácil llegar a creer que el corazón es quien las regula y controla.

Desde la antropología oriental semítica, presente en la Biblia, hablar del corazón (*leb - kardía*) significa entrar en ámbitos más profundos. Muchas funciones y operaciones intelectuales y espirituales, que de hecho corresponde al cerebro (como sentir, pensar, razonar, reflexionar y decidir) se atribuyen al corazón (cf. Is 6,9-10; Mt 13,15). En razón de ello, es posible afirmar que éste es uno de los elementos más significativos de la antropología hebrea. El corazón, por tanto, no es sólo la sede de los sentimientos o de las emociones. Es básicamente la sede de la razón, de los pensamientos y, sobre todo, de las decisiones.

En virtud de esa complejidad conceptual en torno al corazón, no resultan extraños ciertos textos, como 1 Sam 25,37-38, que dice, a propósito de la muerte de Nabal: *Sufrió un ataque al corazón y quedó paralizado. Unos diez días después hirió Yahvé a Nabal y éste expiró. ¿Nabal vivió diez días después de que su “corazón se paralizó”?* Nadie podría vivir tantos días después de que el órgano cardíaco deja de latir. Lo más probable es que el texto se refiera a un ataque cerebral. Claramente, este texto identifica al corazón con el cerebro.

Por otro lado, el AT tampoco ignora las funciones propiamente cardíacas del corazón, como aparece en 2 Sam 18,14: *“Joab tomó en su mano tres dardos y los clavó en el corazón de Absalón, todavía vivo, colgado de la encina”*. El soldado de David actuó así, pues sabía que al atravesar el corazón con los dardos sería suficiente para que Absalón muriera al instante.

Es muy significativo que muchas veces, cuando la Biblia habla del “corazón”, se refiere a la persona misma, en su interioridad, desde la que siente, piensa y decide. Por eso, “descifrar el corazón” del ser humano es una tarea muy difícil y complicada (cf. Jr 17,9-10). Para conocer realmente algo o alguien, es preciso asomarse a lo más profundo, como análogamente para conocer la naturaleza, hay que ir al “corazón”. Por eso, cuando Prov 30,18 habla del “corazón del mar”, se refiere al océano a su inmensa profundidad; lo mismo ocurre en Dt 4,11, donde el “corazón del cielo” indica lo oculto y misterioso del firmamento.

Escrutar el corazón humano implica llegar a sus motivaciones más hondas. Así, en la narración de la unción de David como rey de Israel, Dios advierte a Samuel, cuando éste ve al primer hijo de Jesé: *“No te fijas en su aspecto, ni en su estatura. El hombre mira lo que está a los ojos, mientras que el Señor se fija en el corazón”* (1Sam 6,7). El interior, el ámbito en el que la persona decide lo esencial de la vida, se define con el término “corazón”. A Dios no se puede ocultar lo que hay en el interior más profundo, pues él conoce los misterios más recónditos del corazón (Prov. 44,22; Sal 139,23).

A pesar de que el AT no pasa por alto las funciones fisiológicas que realmente corresponden al corazón, sin embargo pone su énfasis en las “espirituales”, tales como, el deseo, la razón, la decisión, también los sentimientos, aunque éstos se atribuyen más bien a las entrañas (*rahamim-splagxna*). Así pues, en las páginas bíblicas, el corazón humano no es solamente un órgano vital del cuerpo, fisiológicamente hablando. Constituye una realidad humana muy amplia y compleja. Se trata de la persona misma, en cuanto a su capacidad de sentir, desear, pensar, amar y, especialmente, decidir. Es posible afirmar que para la Biblia el ser humano “no sólo tiene corazón”, todo él “es corazón”, en una visión unitaria, integral y totalizante.

Por eso, Ezequiel afirma que para acudir al Señor e implorar su ayuda, se requiere “pureza de corazón”. Pero como los israelitas se han contaminado de idolatría, el Señor les dará “un corazón nuevo y les infundirá un espíritu nuevo” (Ez 36,16-38). Será un cambio radical, total, absoluto e integral. El punto culminante de la predicación del profeta Ezequiel son las imágenes con énfasis extraordinario: el “agua purificadora” necesaria para participar en el culto y para lavar al pueblo de sus iniquidades, después de una permanencia tan larga en la tierra impura y el nuevo “corazón de carne”, que sustituirá al viejo “corazón de piedra”, además del “nuevo espíritu” que Dios le va a infundir, pero no sólo a una persona (como a Moisés o a Josué), sino a todo el pueblo.

El pasaje de Ezequiel perfila ya la bienaventuranza de Mt 5,8: “*Dichosos los puros de corazón (hoi katharoi te kardía - barey l'bab)*, porque ellos verán a Dios”. Es dichoso aquel que opta por la pureza: decide ser limpio en lo más profundo de su ser, rechazando cualquier tipo de idolatría. Sólo así se puede “contemplar el rostro de Dios” (cf. Sal 24,3-6). “Los que verán a Dios” son los “puros de corazón”, porque ellos desean, piensan, razonan y, sobre todo deciden, libres de toda contaminación idólatra y de toda maldad.

Al referirnos al “Corazón de Cristo”, podemos hacerlo desde la perspectiva de nuestra cultura occidental contemporánea, en la que el corazón simboliza el amor, pero sobre todo desde el trasfondo antropológico bíblico. De este modo, entenderemos que el amor, simbolizado por el corazón, no tiene un carácter de simple emotividad o afecto pasajero, producto de una función fisiológica, dependiente de neuronas, sinapsis y neurotransmisores (dopamina, serotonina, endorfinas...). Aunque las emociones son también constitutivas de nuestra condición humana, son efímeras y fugaces. Si el amor se ciñe a una mera función física neurológica, cae inevitablemente en un reduccionismo tan pobre, como deplorable. Cuando el proceso fisiológico concluye, el amor perece.

Se puede afirmar con toda razón que bíblicamente el amor sí tiene su fuente en el corazón, pero entendido desde esa visión antropológica integral y totalizante. Visto así, el amor brota de las profundidades más íntimas de la persona, de la sede misma de los pensamientos, de la razón y, sobre todo, de las decisiones. Este es el amor que mana y fluye profusamente del corazón de Cristo. Él no nos amó con simples reacciones emotivas, ni con puras expresiones sentimentalistas “romanticoides”, para generar devociones melosas de cierta religiosidad edulcorada, sin mayor compromiso para la vida, o de aquella que caricaturiza el corazón de Jesús, reduciéndolo a un lánguido y mísero amuleto protector. Su amor es el resultado de una opción libre, de una determinación absoluta y de una decisión firme y sostenida de toda su persona, hasta las últimas consecuencias, hasta la entrega de su propia vida.

En la inaudita osadía del inefable amor de Cristo, la cruz simboliza la irrevocabilidad del amor generoso, en su más alto extremo. Y el corazón herido del Crucificado (cf. Jn 19,34) se convierte en el emblema más elocuente de aquella fuente inagotable, de ese manantial inextinguible, desde donde salta y fluye el amor genuino, en su más fehaciente evidencia, en su total eficacia y en su más exquisita autenticidad.

*+Adolfo Miguel Castaño Fonseca
Obispo de Azcapotzalco
Responsable de la Dimensión ABP.*